

Naturaleza muerta

Pablo Ingberg*

Restos

Todo lo que uno va dejando atrás
mientras ruedan las ruedas
millones de partículas
por millonésima de segundo
abajo arriba y los mil puntos cardinales
y cardenales y curas y curdas
pero no es eso exactamente
es eso y tanto más
lo que uno va dejando atrás
una lombriz asfixiada bajo
asfalto puro por ejemplo
un ataúd de asfalto para mil
plantitas no nacidas
y mal nacidas y vencidas
que uno va dejando atrás
sin renuevo retoño ni moño
sepulturas por millones de millones
de millonésimas de segundos y partículas
ni siquiera aplastadas
sino asfixiadas del no aire
del pasado que pasó
por la trituradora de

* Pablo Ingberg (Dolores, 1960) publicó cinco libros de poesía (últimos tres: *Faloria bifronte*, 1987; *Camino a Damasco*, 1995, y *Nadie atiende los llamados*, 2010), una novela (*Diario de un misógino*, 1999), más de sesenta libros traducidos (de Safo, Sófocles, Virgilio, Shakespeare, Whitman, Joyce, Woolf, etc.) y numerosas traducciones de poemas en revistas y suplementos (de Arquíloco, Catulo, Villon, Keats, Laforgue, Saba, Pessoa, Eliot, etc.).

Epifanía

En el final del túnel siempre hay luz:
hay que clavar los ojos en el centro
de la tiniebla, con fervor creyente,
y a la larga, a lo lejos, va a aflorar un fulgor
como refulge en toda ruta un espejismo.

Desescrituras

Desde el fondo del alma arrodillada
una criatura triste mira fijo

Todo ángel es terrible
reza un poeta en el castillo alto

El camino hacia arriba y el camino hacia abajo
como vías de tren se juntan allá lejos
en donde no se ve
y a donde no se llega
excepto en malabares chamanísticos

Entre medio en la tierra de nadie para todos
entre tanto se extienden en serie los durmientes
soñando el sueño del camino inmóviles

En el otro horizonte posterior
de ese valle de lágrimas cansadas
hay dos enormes tetas paralelas
con leche y hiel
maná del suelo

Cuando el tren llega al campo concentrado
un rojo Papanoel Vidafeliz
baja reptando culo abajo
las chimeneas altas hasta el cielo
de las cámaras llenas de gritos y susurros
los repartos de la tintorería
donde tiñen la vida color de rosa roja

Arrodillados en la cuerda floja
los ojos tristes hacen equilibrio
donde la ropa del equilibrista
cuelga ahorcada

Si mandan los pecados del mundo al lavadero
no un Dios Humano caminante sobre el agua
sino acaso sobre lava lavaría
algunos trapos sucios
de caca y mate meador meado
por cinco o diez minutos reptiles repetibles

En la ranura de los veinte céntimos
un monstruo espantador de diosecitos
echa en cara del mundo los espantos
y fulminado por el rayo acaba
sepultado debajo de un volcán

Allí está la caverna del filósofo
metida tierra adentro
bajo el volcán
volcán adentro
tierra encima
luz única de hoguera

Con la hoguera en la nuca la criatura
frotándose las manos
proyecta sombras contra las paredes
y en el teatro de sombras
del bestiario interior
soplos de monstruos contra las paredes
rebotan y rebotan sin salida
apenas una grieta echa suspiros
con olor a gas
un descenso a la cámara de gases

Un pedo hediondo es todo lo que sale
cuando la hoguera de la vanidad crucificada
proyecta sombras contra las paredes
de la conciencia lava
los pecados del mundo
multiplicados con los panes
los unos a los otros

Así la mugre lava
en tinta de la vida color de rosa roja
hirviendo por las venas del volcán adentro
de la criatura de rodillas con la hoguera en la nuca
donde las manos no se lavan nunca
ni con todo un océano de fuego

Intemperie con fin

Después del útero todo es intemperie
Ropas, casas, afectos y pasiones
son simulacros de útero
Hasta el cajón, último útero
Oh madre de madera
escultura rellena de ceniza